

## VISION DE CHILE DE DON PEDRO DE VALDIVIA

La primera visión histórica, unitaria y geopolítica de Chile, intuitiva y genial, inspirada en el amor a la tierra y a su pueblo y en la voluntad de creación de una entidad nacional trascendente, es la de Pedro de Valdivia.

Anticipándose en siglos a la historia y a las ideas políticas que trazarán otros tiempos: intuyendo realidades de la geografía ignota y totalmente desconocida entonces; superando las dificultades, los gigantescos espacios, las cordilleras vertebrales, las selvas impenetrables, los lagos y ríos arteriales, los canales correntosos y los fiordos helados en el desmembrado territorio austral; despreciando la guerra y la muerte levantadas en la lucha indomable de Arauco; venciendo todo —hombre superior y genio visionario—, Valdivia concibió a Chile como una entidad perfecta, con la realidad geográfica de un territorio bioceánico y austral, con el impulso espiritual y el anhelo integrador de un pueblo fuerte, capaz de superar sus desafíos y de perdurar, con trascendencia y con destino propio.

Y esa visión, con la sutileza propia de un hombre del Renacimiento, la trasmite a su Rey y Emperador en cuidadas palabras; pero, más importante aún, trata de imprimirlas en la efectiva fundación de Chile, en las acciones concretas que realiza y ordena.

“Sacra Majestad: en las provisiones que me dió y merced que me hizo por virtud de su real poder que para ello traxo el Licenciado de la Gasca, me señaló de límites de gobernación hasta cuarenta e un grados de norte a sur, costa adelante, y cien leguas de ancho hueste leste; y porque de allí al Estrecho de Magallanes es la tierra que puede haber poblada poca, y a la persona a quien se diese, antes estorbaría que servirla, e yo la voy toda poblando y repartiendo a los vasallos de V.M. y conquistadores de aquella, muy humildemente suplico sea servido de mandarme confirmar lo dado y de nuevo hacerme merced de me alargar los límites della, y que sean hasta el Estrecho dicho, la costa en la mano, y la tierra adentro hasta la Mar del Norte”.

Apenas había llegado al Biobío —en 1550— y fundado Concepción, recién sufría el duro batallar de los indómitos habitantes de Arauco, sólo conocía referencias de las costas hacia el sur, por sus oficiales que ocasionalmente había podido navegarlas, pero ya Valdivia sostenía su voluntad de estructurar Chile incorporando las tierras del

Estrecho y sometiendo a su dominio, tierra adentro, hasta el Mar del Norte.

Estructurar, así, hasta el "Finis terrae", a la nación austral del mundo, entre ambos océanos a horcajadas sobre el chúcaro lomo de la cordillera, y dominando el Estrecho que une los dos océanos.

Visión, intuición genial anticipada en más de tres siglos a las ideas políticas y geopolíticas que el pensamiento científico habrá de crear.

Visión afincada en la idea de la necesaria integridad y unidad de poder y mando en la posesión austral de América, y en la unión natural de los dos océanos.

"Y no pido esta merced al fin que otras personas de abarcar mucha tierra, pues para la mía siete pies le bastan...".

Valdivia no cesa en el afán descubridor, conquistador y poblador que su visión le exige y su espíritu de fundación le impone.

No bien cierran las heridas tras cada heroica batalla, cuando ordena a sus duros soldados iniciar una nueva marcha, más y más al sur; y más adentro, al corazón de la tierra araucana.

La construcción de fuertes en Arauco, Tucapel y Purén; los pueblos de Imperial, Confines de Angol y Valdivia marcan no sólo esa marcha hacia el sur sino, también, pasos sólidos en la ocupación del territorio y puntos de apoyo para seguir adelante hacia el Estrecho. Con tal fin alcanzó él mismo a llegar hasta Chacao y el Reloncaví; y, más tarde, ordenó a Villagra fundar otra población en la llanura de Osorno.

Asimismo, la fundación de la Villa-Rica, tierra adentro junto a un gran lago, pretendía abrir la ruta hacia la Mar del Norte, dentro de las cien leguas fijadas a su gobernación. Y también lo confirma la orden dada a sus oficiales de buscar un lugar para fundar un puerto en ese litoral.

Cuando llegó la noticia de haber fondeado un barco en Valparaíso, Valdivia vio abrirse una luz en su ambición secreta. Primero actuó como responsable jefe de una población tan necesitada de vestidos, armas, semillas, herramientas... de todo. Pero luego de conocer al piloto del "San Pedro" conversa a solas con él, lo nombra teniente de capitán general en el mar y le encarga su primera misión: navegar hacia el sur. Al mismo tiempo, resuelve y ordena a Valparaíso puerto para el tráfico con La Serena y el Perú y para el reconocimiento de las costas australes.

“El capitán, piloto y señor del navío y que le trajo después de Dios y guió acá se llama Juan Bautista de Pastene, genovés, hombre muy práctico de la altura y cosas tocante a la navegación y uno de los que mejor entiende en este oficio de cuantos navegan esta mar del sur, persona de mucha honra, fidelidad y verdad...”.

Antes de tres meses, tiempo apenas para preparar los navíos y la expedición, acoplar alimentos y cargarlos, zarpan Pastene en el “San Pedro” y Jerónimo de Alderete en el “Santiago” rumbo al sur.

Luchando con vientos encontrados, con corrientes adversas y aun con neblinas arrastradas, Pastene llega tan al sur como hasta los 41° 15', a una bahía que bautiza San Pedro. Y Alderete, por Valdivia, toma posesión de esas tierras.

De regreso hacia el norte, vientos y corrientes favorables, Pastene descubre la gran bahía del río Ayuilebo... y maravillado de sus dimensiones y hermosura lo bautiza “Valdivia”, en homenaje al gobernador.

Reconoce luego la desembocadura del Biobío y, más tarde, la prodigiosa bahía de Talcahuano.

A fines del mes de septiembre volcaban tales prodigios en los oídos y en el alma sedienta de Valdivia.

Don Pedro sabía que venían refuerzos desde el Perú, pero no esperó a nadie, y con sesenta jinetes quiso entrar en la conquista de su tierra prometida. El vigor guerrero de los araucanos, medido en la batalla de Quilicura, postergó el destino cuatro años.

Cuando regresa, y lucha, y vence, funda Concepción y, entusiasmado, reafirma su idea que señala a su Emperador.

“... y así iré conquistando y poblando hasta ponerme en la boca del Estrecho, e siendo V.M. servido y habiendo oportunidad de sitio donde se pueda fundar una fortaleza, se hará para que ningún adversario entre ni salga sin licencia de V.M.”.

No pudieron la guerra civil en Perú, que Valdivia debió concluir con su victoria de Xaquixaguana, ni el proceso al que las intrigas lo sometieron, ni las enfermedades que por dos veces en años sucesivos lo tuvieron al borde de la muerte, nada pudo impedir que, casi inválido, llevado en silla de mano por sus nativos, partiera a la conquista de su destino.

Tampoco lo detuvo la dura lucha araucana. Ni el caudal de los grandes ríos arteriales; ni la selva espesa, ni la lluvia que anegaba

los espacios; ni el barro vivo que hacía pesar los pasos y atrapaba el vigor y el tiempo de cada jornada.

Se construyó Imperial, y se fundó Valdivia. Se levantó Villarrica y don Pedro alcanzó el seno de Reloncaví, el Chacao y avistó esa tierra misteriosa de Chiloé. Maravillado de la tierra, siempre miraba hacia el Estrecho.

“... yo me hallé este verano pasado ciento y cincuenta leguas del, caminando entre una cordillera que viene desde el Perú y va prolongado este reino todo, yendo a la continua a quince a veinte leguas y menos de la mar, y ésta traviesa y corta el Estrecho...”.

Y lamentaba la demora en poder poblarlo.

“... despacharé, con la ayuda de Dios... el verano que viene, porque el presente no puedo por la falta de naos que en este tierra hay, a descubrir e aclarar la navegación del Estrecho de Magallanes...”.

La obsesión de Magallanes llenaba el espíritu visionario de Valdivia. De distintos lados llegaban hasta él los informes de un gran alzamiento araucano. Sordo ante tales requerimientos, sólo destinó pequeños grupos de soldados para defender los puntos fijos de su conquista en Arauco. Su pensamiento estaba puesto en construir ya la verdadera dimensión territorial de Chile.

Una vez más sale Francisco de Villagra con sesenta y cinco soldados a buscar caminos terrestres hacia el estrecho... para topar en el Reloncaví.

Francisco de Ulloa, desde Valdivia, zarpó con una nave grande y dos pequeñas. Descubre el golfo de Ancud, que llamó “los Coronados”, para arribar exitosamente en el Estrecho, a fines de noviembre. 33 años después de que Magallanes lo atravesara y llegara al océano que llamó Pacífico.

A su regreso, con noticias favorables de la navegación y de la región, incluso para su poblamiento, ya el país se incendiaba en la guerra araucana y muy pronto, en la Navidad trágica de ese mismo mes, junto con la muerte del Fundador, se cortaba de raíz la visión y el ansia de una patria grande, dueña de todos los territorios australes.

En la unidad del pensamiento de Valdivia sobre el territorio de Chile, base fundamental para cimentar su idea fundadora, al unísono del Estrecho, le interesaba ocupar y poblar el territorio y el litoral atlántico.

La base para sustentar y sostener las posiciones y poblaciones australes, para eliminar toda posible interferencia y turbación

foránea, para unir no sólo por mar sino también por tierra esas posiciones con la zona central de Chile, intuía Valdivia, requería dominar aquellas extensiones.

Y no sólo lo intuía y lo pensaba, sino, aun en el instante de extremo riesgo de su vida, actuaba y ordenaba actuar.

“Yo quedo despachando al capitán Francisco de Villagra, verdadero y leal vasallo de V.M.... para que desde la Villa Rica, que está en cuarente e dos grados desta parte de la equinocial, pase a la Mar del Norte, porque los naturales que sirven a la dicha villa dicen estar hasta cien legua della. Trabajaré de que se descubra aquella costa e de poblarla, porque V.M. será muy servido dello”.

Un gran río, aumentado y torrencioso por los deshielos, entre altos barrancos, le impidió el paso. Y las crecientes muestras de agresividad de los indígenas le provocaron recelos y prefirió volver, por pasos inexplorados más al sur de la Villa Rica, para caer sobre la llanura de Osorno, en previsión de una rebelión araucana.

Tres expediciones más al oriente de la cordillera, sucesivamente, había enviado Valdivia para descubrir, conquistar y poblar las cien leguas desde la costa del Mar del Sur hacia el Mar del Norte. Sólo Santiago del Estero perduró de esos esfuerzos fundadores.

Los resultados que registra la historia son fruto de las dificultades y las circunstancias. Pero no de la visión del Fundador. Un puerto en el litoral atlántico, sumado a su posesión y dominio del Estrecho, dimensiona la visión territorial de Chile, austral y dominante, que legó a la patria don Pedro de Valdivia.

Su visión no es ambición de extender las tierras bajo su propio dominio. Ya sabe en esa fecha el Gobernador que los años de durezas, privaciones y sacrificios le han caído encima; que las dos enfermedades mortales de las que ha librado han dejado su huella; que su vida ya no alcanza para vivir otras ambiciones que “las de dejar en orden su tierra...” y dejar “fama y memoria”.

En su visión superior, de un territorio dominante y de un pueblo fortalecido con su identidad y espíritu de historia, eleva el vuelo la conciencia intuitiva del océano Pacífico. Valdivia siempre buscó desarrollar el poblamiento del país junto al mar —La Serena y Concepción— o comunicado con el mar por ríos navegables —Imperial y Valdivia—. Las excepciones, como Santiago, buscaban el dominio de un amplio valle; o, como Villa-Rica, resguardar el camino

transcordillerano hacia el Mar del Norte; o, como Santiago del Estero, marcar los límites nor y este de sus territorios.

Pero la magnitud de su visión intuitiva es tanto mayor que la mera utilización de la navegación costera. En ella entra la vastedad del mayor de los océanos. Es ese ámbito planetario tan desconocido —sin tradiciones marineras sino sólo conjeturas y secretos, tan lleno de tragedias y sufrimientos para los pocos que se habían aventurado en sus inacabables horizontes— el que Valdivia añora para la nación que crea.

Su amigo Jufre recibe un encargo secreto: intentar con algún buen navegante, que no tema hacerlo sin autorización y en sigilo, ir a la búsqueda de una ruta austral hacia las ignotas orillas australes del gran océano. Pasado un tiempo, el piloto Juan Fernández habrá de recibir el encargo. Pero el misterio ocultará para siempre su cometido.

Mientras todo esto se planea o sucede, el hombre del Renacimiento que hay en Valdivia intenta interesar en sus ideas a su Emperador, como el Príncipe Felipe, que en su día continuará su Imperio.

“Por la noticia que de los naturales ha habido y por lo que oigo decir e relatar a astrólogos y cosmógrafos, me persuado estoy en paraje donde el servicio de nuestro Dios puede ser muy acrecentado; e visto a uno y lo otro, allo por mi cuenta que donde más V.M. el día de hoy puede ser servido, es en que se navegue el Estrecho de Magallanes, por tres cabsas, dexadas las demás que se podían dar: la primera, porque toda esta tierra e Mar del Sur la terná V.M. en España e ninguno se atreverá a hacer cosa que no deba; la segunda, que terná muy a la mano toda la contratación de la especería; e la tercera, porque se podrá descubrir e poblar esotra parte del Estrecho, que según estoy informado, es tierra muy bien poblada; y porque en lo demás no es razón yo dar parecer, mas de advertir a V.M. de lo que acá se me alcanza y entiendo, como hombre que tiene la cosa entre manos, no lo doy; e por servir en esto también a V.M., como ha hecho en lo demás, el capitán Jerónimo de Alderete va con determinación de hacer este servicio e meter la primera bandera de V.M. por el Estrecho, de lo cual estos reinos recibirán muy gran contentamiento e V.M. muy señalado servicio...”.

Su convicción y su visión fueron acogidas por el Rey, y se le otorgaron los títulos y límites que pedía, los que después de su muerte se extendieron a Alderete y a los sucesores en el reino de Chile.

La visión de Chile que con su vida y su muerte rubricó el fundador abre un legado perenne para la nación chilena.

Legado ignorado y frustrado en parte —en cuanto al litoral atlántico— por incomprensión y por las duras luchas y dificultades sufridas, pero también por la miopía de tantos en los siglos posteriores. Legado que marca una realidad a la que, en parte, ya se ha renunciado, y, a la vez, salvado también en parte por la visión pertinaz y el esfuerzo constante de muchos chilenos escogidos.

Pero el legado está allí, abierto, válido e íntegro, como un mensaje espiritual, a través de los siglos de esta patria, señalando la visión de Chile, irrenunciable y eterna.

Don Pedro de Valdivia, fundador y visionario de Chile, forjó y legó una idea de nación, una ambición de destino y de geografías que marcan horizontes, que nos obligan ante la historia y nos fijan una misión.

Valdivia concebía su fundación como una patria. Patria única para españoles, indígenas y mestizos.

En su espíritu, en su mente, en su ambición de historia y de trascendencia, la fundación de una, otra y otras ciudades, de poblarlas y dar cédulas de dominio a los vecinos, expresaba esa idea de nación que engendraba en el amplio territorio ignoto y entre pueblos indígenas combativos.

No obstante, no creaba campamentos de soldados, sino poblados con vecinos asentados en sus solares. En esos poblados, junto a los españoles se avencindaban los indígenas amigos, en la tibieza de ese crisol originario y escaso se fecundaba un nuevo pueblo americano.

A muy poco andar, ya lograba —aún en ciernes—, entre descubrimientos, guerras, conquistas y poblamientos, el germen de la triple identidad fundamental de una nación: territorio, población y organización política de gobierno.

En esa idea primaria comprendía a los españoles, a sus hijos mestizos y a todos los pueblos indígenas de Chile.

Existen testimonios de esta voluntad y anhelo.

En la sentencia absolutoria que se dictó en el proceso seguido en su contra, por orden de La Gasca, se establece al respecto:

“Considerando en especial que es cuidadoso de la observación e buen tratamiento de los naturales, que es una de las cosas en que los conquistadores más parece que deben mirar...”.

En sus propias cartas Valdivia señala siempre como pobladores propios a los que deben cuidar y proteger a los españoles, a los indígenas amigos y a los hijos de los cristianos, habidos con indígenas.

“Y así, venían a nos matar a las puertas de nuestras casas los yanacones y los hijos de los cristianos...”.

Cuando señala las penurias pasadas para alimentar a su pueblo incipiente, escribe:

“Las anaconcillas e indias de nuestro servicio... (con) la que teníamos para la sustentación de nuestros hijos e nuestra, que la habíamos sembrado y cogido con nuestras propias manos y trabajo”.

A su regreso a Santiago, después de la dura batalla de Quilacura, señala:

“Con mi vuelta, aseguramos los indios que servían a la ciudad de Santiago y los de los valles que servían en La Serena, que estaban algo alterados con mi ida adelante, y tenían por cierto, según eran muchos los indios y nosotros pocos, nos habían de matar a todos; y con esto estaba a la mira y en espera, para, en sabiendo algo, dar sobre los pueblos y tornarse a alzar: quiso Dios volver sus pensamientos al revés”.

En otra oportunidad, un vez más, agrega:

“... tomé muchos indios sin les hacer mal y con ellos envié a llamar a los caciques que me viniesen en paz y no temieren...”.

Cuando funda Concepción, en la beligerante frontera con Arauco, insiste en su idea amplia, a pesar de las dos cruentas batallas sostenidas en esa tierra hermosa:

“Viendo yo como los caciques desta comarca han ya venido de paz e sirven con sus indios, poblé (en) este asiento y fuerte una ciudad, y nombrela de la Concepción del Nuevo Extremo. Formé cabildo, justicia e regimiento y puse árbol de justicia, a los cinco días del mes de octubre de quinientos e cincuenta, y señalé vecinos, y repartí los caciques entre ellos, y así viven contentos, bendito Dios...”.

¿Acaso son necesarios otros testimonios?

¿No es prueba definitiva, en sus trágicas consecuencias, la acogida cordial dada por Valdivia a ese joven mapuche, despierto e inteligente, que llamó “Felipillo” —el diminutivo de su propio Príncipe— y al que protegió e hizo su caballero?

Por un signo providencial, aunque sea contradictorio, Lautaro precisamente comprueba la visión integradora del pueblo de Chile que tenía el Fundador. Y, a la vez, demuestra lo anárquico, inútil y trágicamente destructivo que es el intento contrario.

La trágica consecuencia de la derrota y muerte de Valdivia y de la victoria de Lautaro fue impedir que Valdivia lograra

realizar sus propósitos; y así, impedir que su legado completo llegara a manos de su pueblo.

Integridad territorial, unidad e identidad nacional de su pueblo, posición austral magallánico-antártica, y concepción de su rol oceánico son fundamentos esenciales de Chile que no pueden ser debilitados, cuestionados ni renunciados.

A través de los siglos de la patria, de los vientos y los signos de los tiempos; a través de la sangre, del espíritu y de su esperanza, Chile comprende el legado y la visión de Valdivia, para forjar su propio destino.

MARIO ARNELLO ROMO\*

\*Profesor de Derecho Internacional, Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Presidente del Consejo Directivo del Instituto Geopolítico de Chile.